

: G L O S A S :

S I L E N C I O

**P**UESTO que debemos continuar con el forzoso rescate de los temas pequeños, ninguno hallaremos más a tono con las conminaciones del momento que el tema del silencio, de ese silencio urbano que nosotros no hemos llegado nunca a aprender.

Por excepción de los tiempos, estamos ahora frente a una Habana silenciosa, o por lo menos, rumorosa no más. Observen ustedes que el diapasón de La Habana ha bajado. Hay menos gritos y menos ruidos en la vía pública. Contribuye, sin duda, a este resultado la índole misma de la actualidad imperante y el tono interior de nuestras almas. Pero nada tan directamente como la suspensión del servicio de tranvías. Los automóviles hacen fluir por las calles un rumor elástico, crepitante de aislados bocinazos; pero no es ya aquel fragor constante y bronco del "carruaje de todos", con su lancinante estridor en las curvas y la menuda insolencia de su timbre infatigable. La ausencia del tranvía le ha mudado bruscamente el tono a nuestra ciudad: la ha hecho más discreta, más elegante, más apacible — digámoslo pronto: menos vulgar.

No es que yo celebre la ausencia de los tranvías como panacea urbana. La civilización tiene sus fatalidades. Dado el tipo de civilización mayoritaria y mecánica que los hombres hemos producido hasta ahora, casi todos sus auxiliares más cotidianos y eficaces tienen a la vez algo de bendición y de maldición. Parece un sino inevitable que el hombre, a medida que facilita su vida, se la haga más insoportable. Es ya un lugar común la jeremiada de que la ciencia no sabe progresar en el incremento de los medios de vida, sin multiplicar también al mismo tiempo los medios de muerte. Y así, todo lo demás que nos añade un poco de facilidad física, nos merma siempre un poco de comodidad espiritual.

El tranvía es vastamente útil; pero hemos tenido que pagar esa utilidad al precio de un rebajamiento considerable en el tono estético de nuestra vida urbana. Acaso no podemos escapar nunca enteramente a esta fatal vecindad de lo popular con lo vulgar. Un bien que se divulga parece ser, por necesidad, un bien que vulgariza, que hace más vulgar la existencia de todos. Pero en rigor, lo que sucede es que nuestra civilización no ha logrado aún poner lo mejor al servicio de los más; ha generalizado solamente ciertos sustitutivos broncos, como el tranvía. El día en que todo el mundo pueda ir en automóvil, la vida tendrá para todos un gesto más noble, un tono más silencioso y fecundo. No se vea, pues, la nostalgia de una aristocracia vital antigua en esto que digo, sino la impaciencia de una aristocracia que ha de venir, que ya está viniendo...

Si yo fuese algún día munícipe, lo primero de que habría de cuidarme sería rebajar permanentemente, a cualquier costo, el diapasón de esta ciudad nuestra, frenética de voces y de ruidos. Los carros tendrían que rodar sobre montajes exquisitamente lubricados. Las bocinas no sonarían más que en casos de auténtica necesidad. Los radios no podrían extravasarse de cierta intimidad doméstica y discreta. Los pregones tendrían sus horas y diapasones razonables. Las niñas prescindirían de los pedales en sus ejercicios de piano. Redimiría a La Habana de esa notoriedad ya secular que tiene de ser la ciudad más ruidosa del mundo, una ciudad taladrada de mil ruidos incesantes, que obligan a las gentes, a su vez, a vociferar más que a hablar, y, por consiguiente, a no decir más que cosas rápidas y primarias.

Pues ¿quién podrá calcular el terrible influjo que sobre la inteligencia criolla han ejercido nuestros ruidos babilónicos? Pío Baroja ha observado que los pueblos meridionales suelen ser dados a la oratoria por la impunidad con que pueden hablar en la calle a pulmón lleno. El clima nos ha llenado a nosotros de oradores, y toda cultura cubana está inficionada por el tono o la intención oratorios. Si Varona es uno de nuestros pocos escritores ejemplares, uno de nuestros poquísimos pensadores finos, es porque logró misteriosamente evadir ese contagio de lo tribunicio. Y Varona es un hombre que siempre habló en voz baja.

Los ruidos urbanos le quitan urbanidad a la voz, al gesto, al pensamiento y hasta a la hechura de los espíritus. Le quitan suavidad, candor, elegancia y sutileza a la vida. Le privan de la fecunda comodidad del silencio. ¿Cómo es posible, por ejemplo, que en día de sorteo tenga la cabeza clara y el humor diáfano un hombre a quien dos o tres expendedores de billetes le estuvieron taladrando con números las sienas hasta la madrugada de la noche anterior?

Nuestro pueblo padece de muchas pequeñas enfermedades. Una de ellas es el ruido. En cada confín de nuestra isla debiera ponerse un cartel inmenso que dijera: Silencio.

**J O R G E M A Ñ A C H**



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA